

tra agricultura y de nuestra industria; los ejemplos de la corrupción, violando todos los principios sociales en la usurpación de la propiedad, y de impunidad en las dilapidaciones, en los cohechos y en todos los actos que engendraba una inmoralidad espantosa, que casi ha acabado con nuestras costumbres!... ¡Qué de males se preparaban á México en el momento que cautiva la casa reinante, por la perfidia de un grande hombre, pero grande tirano á la vez, quedariamos entregados á la tiranía de la magistratura usurpadora del poder, y de la codicia monopolizadora de los que se creían representantes de la España entre nosotros, y con derecho para ejercer el absoluto poder del soberano; tiranía doble, que en breve llamaria en su auxilio á la militar. Entonces la langosta comeria los restos de la oruga; el gusano los restos de la langosta, y el añublo los restos del gusano.

«No temais, mexicanos, vedme aquí: con vosotros estoy.» Del Tepeyac sale esa palabra de consuelo; el lazo se reventará y nosotros quedaremos libres.... ¡Dias tristes en los que todo fué confusion y horror para la inocencia! Despareced para la memoria de las futuras generaciones, y no queden de esos sucesos sino los ejemplos de virtud que brillaron entre tanta lucha de pasiones, y los sacrificios de los que murieron por dar libertad á su patria.... ¿Ni cómo sujetarse México á padecer todas las borrascas que han agitado á la España, á sufrir todas las tempestades que han descargado sobre esa desdichada nave? El bien de la conservacion de México, pues, estaba exigiendo que su triunfo fuese el año de 1821..... ¡Dias bendecidos por el cielo para nosotros! ¡Dias memorables y dulces, en los que una nacion salia del caos de la nada para tener existencia: Templo de María de Guadalupe: ¡qué himnos no resonaron bajo tus bóvedas! ¡Qué de lágrimas no regaron tu pavimento! ¿Qué faltó entonces á la dicha de los mexicanos, postrados á los piés de su adorada Madre? ¡Cuánta felicidad para lo futuro! ¡Qué porvenir tan lisongero y venturoso!....

Mas ¡ay! Si la idolatría atrajo á México el castigo de la dominacion; si sus pecados dilataron su emancipacion, la moderna infidelidad de unos y la inmoralidad de otros, han obli-

gado al que juzga la tierra, al que burla al impío y priva de la paz al pecador, á visitarnos en su indignacion, para que conozcamos, por último, que hay un Rey de las naciones á quien debemos adorar.... ¡Ah! Si la jóven México se presentase en medio de sus hijos, no arrastraria ya, es verdad, la cadena que del cuello á los piés la ligaban; pero triste, caída, macilenta, apenas se podria tener; sus ojos, antes como el ébano, negros y brillantes, hundidos y apagados harian un esfuerzo para abrirse por una vez acaso, antes de cerrarse para siempre; su pecho anhelante y disecado, no tendria fuerza para palpitar; sus guedejas mal trenzadas, aumentarían la fealdad de su rostro consumido, y ya por el pesar desencajado; sus vestidos andrajosos, inmundos, empapados de sangre.... olvidada de unos, despreciada de otros, entre sus mismos hijos; envilecida para con los agenos.... ¿Eres tú Madre mia?.... No dice mas: ella es en efecto la que ha visto á las pasiones todas salir del abismo á destruir á las prendas de su cariño, á los frutos de sus entrañas.... ¡Ah! si ella pudiera hablarnos el dia de hoy, diria á unos: ¿qué frenesí se ha apoderado de vuestras cabezas?... A este echaria en cara haber desenvainado la espada para otra cosa que para defenderla; y al verla embriagada en sangre de sus hijos, volveria la cara para no caer desmayada; á aquel reconveniria por haber embotado sus talentos en los placeres, inutilizándolos en el ocio y en el abandono; al uno preguntaria: ¿por qué sacrifica el bien de la comunidad á los intereses de su codicia? Y al otro: ¿por qué los sacrifica á la frivolidad de sus pretensiones, de su egoismo ó de su vanidad?... Y á todos, afligida y llorosa nos exhortaria á que la librásemos de la destruccion que la amenaza, si la infidelidad de los unos y la malicia de los otros, no dejan de merecerle el castigo....»

A consecuencia del movimiento político que disolvió el Congreso convocado en 1841, para elegir otro en su lugar en 1842, el general Paredes, que se hallaba en Guadalajara, quiso celebrar este suceso con una misa *en accion de gracias*. Dificil era en aquellas circunstancias encontrar orador que qui-

siera hacerse cargo de decir el sermón, tanto porque solo se trataba de una cuestión política, que exigía sumo tacto y gran habilidad para tratar este asunto, como por lo angustiado del tiempo, pues solo se disponía de doce horas. Invitado Fray Manuel, aceptó la comisión; un estudio de ocho horas, fué suficiente á este sábio orador para pronunciar un brillante discurso que dejó sorprendido á todo su auditorio. A continuación inserto una pequeña parte de él. Hablando sobre este acontecimiento político, decía:

«.....No atribuireis á designio alguno, ni de interés ni opinión, el que no erija yo esta cátedra de reconciliación en tribunal de política, para llamar á juicio á potestades sublimes, á quien no me toca sino respetar.... ¡Dios me libre de que interprete yo unas intenciones que solo están claras y manifiestas á Aquel que escudriña los corazones, y para El que no hay secreto en el hombre que no esté patente y visible....»

«Si por una parte se invocaba la libertad, bien precioso y de que una nación que tantos sacrificios ha hecho, es muy digna; la otra apellidaba el orden, sin el cual es falso puede existir ninguna libertad, ni aun existir sociedad.... ¡Pluguieraos, gran Dios, que todo principio de desavenencia y de discordia hubiera desaparecido! ¡Pluguieraos, Dios de Sion, que mi plegaria hubiera tenido el merecimiento que la de tu siervo Moisés....»

«¿Y no será predicar á Jesucristo, el manifestaros cuáles son las disposiciones que debéis tener en la presente crisis de la patria; el manifestaros cuáles son vuestros deberes para con ella en tan terribles circunstancias; el doctrinaros sobre las obligaciones que tenemos como miembros de la sociedad en coyuntura como la presente?... ¡Hombres de todos los partidos! Si la verdad á todo hombre interesa, abramos nuestro corazón á esta verdad, escuchémosla sin prevención y sin disgusto y sacrifiquemos nuestras pasiones, no ya en las aras de la patria, sino en las aras de Jehovah, del terrible Jehovah, que allá en su trono de querubines ha prometido por su santo nombre, el no dar la paz sino á las naciones que se

gobiernan por la justicia, justicia que no puede existir sin la verdad, verdad que no puede haber sin principios, principios que no pueden llamarse tales, sino los eternos é ineludibles; eternidad y evidencia que de ninguna otra fuente pueden brotar, que de la esencia del Dios de la luz y del Dios de las ciencias....»

Habiendo concluido la comunidad de carmelitas de Morelia la reedificación de su templo, en la solemne función que se hizo, los religiosos de aquella orden, conociendo los grandes talentos oratorios de fray Manuel, nombraron una comisión que pasase al Estado de Jalisco y lo invitase á predicar el sermón. Dispuesto siempre á prestar sus servicios, no obstante sus muchas ocupaciones, aceptó, poniéndose en marcha. Notable, como lo son todos los discursos de este ilustre orador, fué el que pronunció en aquella función, moviendo de una manera extraordinaria el ánimo de su auditorio. De esta magnífica pieza oratoria en que abunda la erudición, la belleza de la descripción, la riqueza en el lenguaje y lo elevado de las ideas del autor, solo reproduciré una pequeña parte de su epílogo ó conclusión:

«Esa gloria (dice el orador) cubre este templo, y es mayor que la que cubrió al de Salomón; esta gloria que no desciende lo alto, sino que sale de ese altar.... ¡Gran sacerdote, pontífice dado á vuestro pueblo en la misericordia de Jehovah! ¡Levantaos! bendecido á nombre de Jesucristo, cuyo vicario sois. ¡Levantaos, ungido del Señor, y subid al *Sancta Sanctorum*, para que hagais por vuestra grey la oración que Salomón en el día del estreno del templo de Jerusalem! ¡Levantaos, ministro santo de paz; padre amante de este pueblo dichoso, que con el suyo os paga vuestro amor; interponéos, como Moisés, entre él y Jehovah; extended vuestras manos sagradas á los que están encargados de la conducta de vuestro pueblo, á vuestra Morelia, á toda vuestra grey para que el cielo se apiade de nosotros.... Por el amor de nuestros hermanos y nuestros amigos, pidamos al Señor esa paz. Angeles á cuyo cargo está confiada la custodia de este

templo y de Michoacan; sacerdotes del Señor; fieles que lo adorais, repetid una y muchas veces: *Dios tenga piedad de nosotros y nos bendiga.*»

Llevados á feliz término los trabajos emprendidos por fray Manuel, en el Colegio de San Juan de Letran y Academia de Bellas Artes, en la solemnidad de su inauguracion á él correspondió llevar la palabra. Su discurso, no obstante de ser muy extenso, desea uno que no termine, porque ¡qué raudales de elocuencia! ¡qué belleza en las imágenes! ¡qué exactitud en los cuadros que describe! ¡cuánta precision y claridad en sus ideas! y en fin, ¡qué conjunto el de este discurso, todo lleno de atractivos y amenidad! De él, y para instruccion del lector, á continuacion inserto algunos párrafos. Preso aún el ánimo del auditorio bajo la influencia de las delicadas notas de una brillante orquesta, viene á ocupar la tribuna el insigné orador con aquella nobleza y magestad solo propia él, y da principio á su discurso en medio del mas profundo silencio, diciendo:

«Qué orador no desmayaria en circunstancias como la presente? Hemos venido caminando bajo de un cielo esmaltado con el azul suave que allí, y solo allí ha querido pintar la naturaleza, y el color verdegueante que emulan á veces los mares en sus momentos de calma y alegría; hemos venido bajo de un cielo todo de cristal, tachonado por esas estrellas, confidentes del Altísimo, que hablan á la tierra un lenguaje musical y divino, y descubren al hombre sus altos destinos; hemos venido bajo tu luz, siguiéndote tu rumbo, ¡oh tú, hermosísimo embajador de un Ser Omnipotente, que por tantos dias has venido á oscurecer las lumbreras que constantemente brillan, heroseando la noche de nuestro suelo! ¡Enviado extraordinario del Dios de la luz! ¡Astro augusto tan inesperado como sentido en tu magestuosa retirada! ¡Salve mil veces, lucidísimo cometa! \* ¿Cómo has podido causar espanto y temor con tu cauda; esa cauda mas galana y mas rica que

\* Se refiere el orador al hermoso cometa que apareció en 1843.

las de las reiras del Oriente; con tu magnificencia, esa magnificencia que no es del mundo sublunar; al hombre, á ese hombre á quien solo veniste á buscar para ocuparte con él de la gloria del que habita en las alturas? Bajo tales auspicios, señores, hemos venido á reunirnos en esta noche, que si para vosotros es tan grata como para mí, será una de las mas deliciosas de nuestra vida. ¿Y qué objetos no nos esperaban en este recinto? Aun resuena en nuestros oidos la melodía, esa melodía que ha excitado un sentimiento tan vago y tan dulce en nuestras almas, no solo por la concordia y suavidad de los sonidos, sino por los recuerdos solemnes de la libertad de todo un pueblo, de la magestad del primero de todos los legisladores, y la opresion del Faraon que le hacia gemir bajo dura servidumbre.

«.....Esos recuerdos, esos sentimientos que inspira lo verdaderamente grande y sublime, vienen á confundirse con los que excitan los objetos que nos rodean; los monumentos de las bellas artes; los esfuerzos del *genio de Atenas y de Roma*; la belleza intelectual, encarnada, por decirlo así, por el cincel, están como contemplándonos y ensoberbeciéndose con nuestras miradas; allí está Cincinato, aquel cuyas humildes manos, que aun están empuñando la mansera y la aijada, ciñeron del laurel victorioso la ciudad eterna; allí está Séneca, el mas venerable y el mas profundo filósofo de la escuela estoica.... ¡Admiradlo! Sin duda esa era la expresion de su fisonomía cuando presentó sus venas al verdugo, ministro de muerte, que le mandó, en premio de sus desvelos, su discípulo Neron; en medio de esa calma, de esa indiferencia, comparable á la que el hijo de Sempronio tuvo al beber la cicuta, parece que dice lo que habia confesado de sí al escribir sobre la tranquilidad del ánimo: *ni las llamas de Hércules, ni las heridas de Régulo, ni las ansias de Canton, me han arrancado una sola lágrima; sus desgracias son á mis ojos la palma de la inmortalidad*; allí, no lejos de la filosofia, está la cabeza de Calígula, esa cabeza cuya hermosura era igual á su ingenio, pero que fué un fatal equívoco de la naturaleza, pues tan brillantes cualidades no fueron sino los poderosos instrumentos de una odiosa tiranía. ¿Quién al verla no está

oyendo el *ita feri, ut se meri sentiat*, ó el *oderint dum metuant*, que perturbaba el sueño de la desdichada Roma, que él suspiraba por acabar á un solo golpe de espada? Allí, Bruto parece meditar aquel crimen, que no dejó de serlo por ser contra un malvado, y de sus labios se escapan estas palabras, que no fueron mas que el sofisma del vicio: *O yo liberto á Roma ó yo perezco*. Y bien cerca del estoico está Augusto, reunion asombrosa de cuanto de bueno y de malo habian tenido todos los tiranos de su patria. ¡Qué recuerdos no provoca en nosotros esas imágenes silenciosas y graves! La filosofía, la virtud, la grandeza de una nacion, la mayor de las naciones, y la decadencia y envilecimiento de ese pueblo rey por la série no interrumpida de tiranos de todo género y de todas clases que la guardia pretoriana ó los ejércitos regalaron á la patria de un Ciceron y de un Caton; todas esas ideas se agolpan á nuestras cabezas, y todas conmueven el corazón....

«¿Y me veré precisado, para apreciar en todo su valor los bienes que nos deben resultar con la enseñanza de este Colegio, á seguir el camino tan trillado de prorumpir en exclamaciones contra la antigua metrópoli? ¿Llamaré bárbara á la España? ¿Preguntaré qué se le debe despues de dos, de cuatro y de diez siglos, á favor de la mejora intelectual de la especie humana? ¿Atribuiré el cúmulo de males que hace treinta años estamos sufriendo, á la falta de civilizacion; ésta á una brutal ignorancia, y esa ignorancia á las tinieblas que, mas espesas que las de Egipto, tenian sumergida en una peligrosa noche á la península? ¡Ah, señores! no me hallo con valor para hacerlo, cuando recuerdo las glorias de una nacion que ha sobrevivido á su prosperidad; cuando la Europa del siglo XVI la vió marchar á la vanguardia de todas las naciones, que en todo afectan el imaginarla, y cuya lengua era estudiada por todo el que queria tener la plaza de culto; cuando me reconozco obligado á tantas lecciones, á tantos momentos de placer con que mi buena ventura me ha regalado, poniendo en mis manos las obras tan profundas, tan elocuentes, tan filosóficas de los innumerables escritores que florecieron en los reinados de los Carlos III y IV; en fin, cuando veo á

unos desde las playas extranjeras, adonde han estado suspirando por el murmullo del Tormes y el Manzanares, y á otros entre los estragos de la guerra civil, con aliento bastante para empuñar la pluma, y con ella adquirir títulos á la gratitud y á la inmortalidad!

«¿Quién te despojara de una y otra, Breton de los Herreros? ¿Quién, conociéndote, llamará bárbara á tu patria? Si lo hizo Masson al compilar el artículo *España* de la Enciclopedia, Cabanillas en Paris y Denina en Berin, confundieron al ligero frances, que avergonzado, permaneció en un silencio que puede considerarse como una verdadera derrota por parte de quien habia provocado la lid. ¿Y quién de buena fé atribuirá nuestras continuas revoluciones, no menos que los horrores de la península, á una ignorancia tal, que los de allá y de acá tengamos que avergonzarnos de nuestras patrias? La Francia, señores, esa nacion que es una de las primeras del mundo, es un cuadro que nos presenta ser compatible los horrores mas sangrientos, las leyes mas absurdas, los crímenes mas espantosos, con mucha mayor ilustracion que tienen los pueblos cuya lengua es la castellana. La España, por un concurso de circunstancias que no es del caso referir, no era lo que podia, ni hizo á nuestro favor todo lo que debia. Mas sea los pocos destellos que hácia nuestro suelo enviaba aquel foco de luz, aunque débiles y escasos que la península reunia; sea la natural feracidad de los ingenios mexicanos, México tuvo su literatura; México se puso al alcance de los progresos que en las ciencias naturales hacian las naciones extranjeras; México dió á luz escritores, cuyas obras se conservan con aprecio en las bibliotecas de Europa. Dentro de estas paredes, bajo de estos techos, tal vez en esta misma sala, uno de nuestros mas grandes hombres (D. Francisco Saberio Clavijero) hizo conocer á mediados del siglo pasado á la juventud de Guadalajara, los sistemas de Newton, de Leibnitz y Descartes; y el baron de Humbold no pinta á México con el pincel de tantos otros, que han pagado la hospitalidad tan sagrada, con formar de nosotros vergonzosas caricaturas. El asistió frecuentemente; en los dias que estuvo en la capital, residencia de los antiguos vireyes, á innumerables actos literarios;

él frecuentó la sociedad mexicana; él tuvo á la vista multitud de obras que merecieron todo el aprecio, toda la atención de ese hombre, uno de los mas grandes del siglo XIX.

«Ya recordareis, señores, los elogios que hace á la capacidad y al progreso intelectual de los mexicanos. Mas, ¿podría ser menos? ¿Sabeis á qué orador escuchó con tanto placer como sorpresa? á un Beristain; ¿á qué poetas oyó cantar? á tantos señores cuantos recordares que formaron la deliciosa *Arca-dia Mexicana*, donde el dulcísimo cantor de la Providencia, el mismo Navarrete, hubiera creído destronar al mérito si hubiese intentado empuñar el cayado de Mayoral; ¿á qué naturalista trató? á un del Rio; ¿con qué anticuario consultó? con un Pereda. Y teniendo yo presentes tan honrosas memorias á mi patria, ¿cubriria de infamia los huesos de nuestros mayores?

«No: no fundemos los justos derechos que tuvimos para nuestra emancipacion, en la pretendida barbarie de nuestros dominadores. La naturaleza, la justicia, la necesidad de buscar nuestra felicidad: tales son los títulos sagrados con que rompimos una union que comenzaba á ser demasiado gravosa, y que cada dia mas nos habia de envilecer....

«El filósofo no puede menos de venerar los secretos del *Autor* de las sociedades. México á ninguna otra nacion debió su independencia, y de ello está orgullosa; y México, con sus desgracias, ha comprado la dolorosa, pero útil experiencia de la necesidad que tiene de ensanchar su educacion y de consagrar su juventud á objetos que nuestros abuelos hubieran visto como de mera curiosidad. Esta es la carrera que se os abre el dia de hoy, jóvenes de Guadalajara, y la patria lo espera todo de vuestra disciplina y aplicacion.

«Felicitémonos de que en nuestros colegios se haya enseñado con todo empeño aquella ciencia que es la llave de oro con que se abre el templo de la verdad; la piedra de toque para conocer el metal falso del paralogismo y del sofisma; el ejercicio mas noble de la facultad que nos dió el Creador, en virtud de la que el hombre domina los mismos astros.... ya conoceréis que hablo de la lógica. ¡Hasta dónde no puede llegar el hombre, conducido de verdad en verdad, por esa lumi-

nosa estrella que le dá el rumbo con la misma certidumbre que la del Norte á los antiguos navegantes?..... ¿Y hasta dónde vuela ese hombre cuando tú, ciencia divina de la metafísica, lo tomas sobre tus alas y lo colocas sobre el sol y la luna, para que adore al Dios, autor de la naturaleza, y desde allí contemplar á la causa de las causas, el encadenamiento de ellas, y bañado de luz, vea en sus reflejos al alma, esa alma que debe conocer, ante todo, si el hombre haya de ser el estudio del hombre.... ¿Quién que esté en su juicio, no aplaudirá el estudio esmerado á que se obliga á nuestros jóvenes en la moral?.... ¡Miserable sociedad aquella donde los estudios no se dirigen á conocer el bien! ¿Cuál es el obstáculo que en ella encuentran las pasiones cuyo reinado es la anarquía de los infiernos? Donde no se conoce la moral, se viola fácilmente; donde se viola, ningun derecho está seguro; donde ningun derecho está seguro, la legislacion es un acervo de lavas volcánicas vomitadas por el fuego que devora el corazon, entregado en las brazas de los apetitos; del apetito de gloria aunque corran los torrentes de sangre; del apetito de la ambicion, aun cuando las naciones perezcan con la facilidad que las heladas marchitan las flores; del apetito de riquezas, aun cuando se empobrezca á todo ciudadano y se usurpe cuanta propiedad ha consagrado la naturaleza y aun la religion; apetito de placeres, aun cuando ellos enerven el alma, abrevien la vida y sean el escándalo y el tropiezo de la inocencia y del honor. ¿Qué será, por otra parte, la jurisprudencia, esto es, la ciencia del derecho, donde no se sabe si existe algun derecho? ¿Cómo saberse su existencia, si no se ha visto las fuente de donde emana? ¿Y cuál es esa fuente sino aquella que segun el orador romano, ha existido antes que los siglos, que precedió á toda ley escrita, y que es el principio constitutivo de todos los Estados y de todas las ciudades?.... Sois mortales, y la medicina puede dilatar ó abreviar los dias de vuestra existencia; y este temor habla demasiado en favor de los buenos estudios de la medicina.... Teneis derechos que con justicia deseais sean respetados, y obligaciones que os imponen unas leyes que de grado ó por fuerza han de obedecerse, y esta necesidad os hace conocer

que si no hay sociedad sin legislación, no existe la legislación donde no se estudia. . . . ¿Y me dilataría sin haceros agravio, en inculcaros la absoluta necesidad de que se enseñe á la juventud, á quien el cielo inspira, aquella ciencia que descendiendo del trono de Adonai, penetra todos los tiempos, rasga todos los velos, hace presente lo pasado, y no anuncia, sino que historia lo porvenir; esa ciencia que desenvuelve las edades que ya el tiempo habia enrollado, y ve pasar á sus piés los siglos como un torrente, esa ciencia que nos descubre los secretos del Todopoderoso? . . . En nuestra actual educación, señores, la extensión, la relación de las cantidades, la medida del tiempo y del espacio, todo ese imperio tan vasto y tan poderoso, está tan distante para la juventud como el Sur del Norte; y es á ella tan difícil el entrar en él, como á los navegantes ha sido tocar el Polo, mientras que no se establezca la enseñanza que forma parte de los estudios de esta casa.

«La naturaleza es para el hombre un libro poético y un libro lógico, digamos así; pero no un libro físico ó natural en su totalidad, si no se lo dan á conocer las matemáticas; la contemplación de esa naturaleza nos enajena y nos deleita, y nos lleva hasta llegar á la causa, á la hermosísima causa de tanta hermosura. Pero ni solo la industria, ni solo los ramos todos que constituyen la especulación de la economía, descansan sobre los conocimientos matemáticos, como la columna sobre su base; no hay ciencia práctica alguna que no tenga necesidad á cada paso de apelar á las teorías de las probabilidades. . . .

«Señores, ¿podrá nadie negar la necesidad de la enseñanza de la literatura, aun cuando solo nos trajera las ventajas imponderables que por lo dicho conoceréis? Seria yo infinito si os fuera á decir todos los bienes que tiene que esperar la sociedad de los jóvenes que cultiven ese estudio. ¡Qué relaciones no tiene ese estudio con la moral! ¿La virtud no es el bello ideal del mundo intelectual? ¿De dónde recibe la literatura sus bellezas mas durables, sino de las acciones mas brillantes y heroicas por su moralidad? ¿No, es imposible que el hombre se perfeccione en sus gustos, y que su carácter no

se tinte con los coloridos de una elevación, que no es posible se sostenga, sino venciendo con el desprecio á la bajeza de las pasiones innobles? ¿Cuánta no es tambien la correspondencia que hay entre la literatura y la libertad? . . . ¿Y no será necesario hablar mucho para dar á conocer las relaciones que hay entre la literatura y la libertad? . . . Mas todo esto es nada, si recordamos la íntima amistad, mal dije, la fraternidad que hay entre la literatura y la religion del Jehovah que habló en el Sinai y manifestó sus juicios á Jacob en Horeb. ¿Quién hay que no haya leído, devorado, releído y meditado el Genio del Cristianismo? ¿Quién de nosotros no ha humedecido con sus lágrimas el sepulcro de Atala? ¿Quién no se ha postrado humilde á adorar al dios de los Angeles, cuando uno de ellos desciende á enseñar á Cimodocea? ¿Quién no ha cantado el himno con que los serafines alaban al Creador del Universo en Milton? ¿No ha reconocido al que es la resurrección y la vida, en el Dios hombre que de la tumba levanta á los esposos en Klostok? ¿Quién no ha confesado con Paulina al Dios de Polieneto en Racine? Y ¿quién no ha admirado, con una admiración mezclada de ternura, á Zaira, y al cerrar el libro no ha exclamado: ¡ingrato Voltaire, y tú hacías la guerra á la religion que te ha dado á conocer tantas bellezas! . . . . .

«¡Dios de las ciencias! Desde ese trono de luz, inclina tu faz augusta hácia este nuevo plantel; bendícelo, Padre de los hombres, y has que su gloria se remonte hasta ocultarse entre las nubes donde estás sentado sobre querubines. . . .»